



Ángel Valenzuela

El sillón del pórtico¹

Si uno mira con atención, hasta podría verlo. No es cosa de ópticas, no... Si algo —o alguien— pasa el tiempo suficiente bajo nuestra mirada, una parte de él queda irremediabilmente atada a nuestros ojos. Entonces uno puede regresar años después, entrecerrarlos un poco, y ver otra vez, por ejemplo, la casa. Uno puede entrecerrarlos y reconocer su fachada deslavada. La casa de adobe y muros encalados, marcada por la rígida austeridad católica de la abuela. No había rincón en las tres habitaciones que la comprendían que no estuviese acentuado por la lúgubre sobriedad de vírgenes y santos. Si uno se fija bien, podría ver la habitación principal que durante el día hacía las veces de recibidor y, por la noche, se convertía en la única recámara de la casa, compartida por la familia completa. No había cuarto de baño por lo que, si alguna urgencia lo despenaba a uno a mitad de la noche, había de atravesar a tientas la cocina para llegar a la tercera —y última— pieza, donde se hallaba una serie de cubetas y bacinillas que había que vaciar la mañana siguiente.

Y uno podría ver también el pórtico, único territorio fuera de la severa jurisdicción de la abuela, porque en el sitio donde, después de la jornada laboral, descansaba Papi Mon. La tonalidad de su piel serrana, su estatura imponente y su estructura ósea, tan delgada aunque fuerte, ofrecían toda la seguridad que podría demandarle un niño. Tumbado en un viejo sillón de madera, solía contemplar a los caminantes mientras él se fumaba la tarde.

Si uno mira con atención, hasta podría verlo.

—¿Qué se supone que estás viendo?

Silencio.

—Oye, te hice una pregunta.

—Estoy viendo el sillón.

—Allí no hay nada.

—No lo ves porque tú no lo conociste.

—¿Al sillón?

—Al abuelo.

Silencio.

Titi torció el labio y se dio la vuelta. La vi entrar por la puerta de la cocina, sorteando las sillas del desayunador. Aún con los ojos entrecerrados, me pareció verla dejar a su paso la fila de bacinillas que ocupaban esa habitación antes de la remodelación.

¹ Tratto dall'antologia *Casi toda historia*, cortesemente messa a disposizione da La Cleta Cartonera <https://issuu.com/lacletacartonera>.



—Mamá—, la escuché decir. —¿Cómo era mi abuelito?

Me encogí de hombros y regresé a mi punto en el pórtico, junto al sillón donde fumaba Papi Mon. Si uno entretiene los ojos, hasta puede ver las volutas de humo.

Cuando regresó traía consigo una vieja fotografía, tamaño credencial, en blanco y negro con los tonos rosáceos y el acabado brillante un poco resquebrajado por los años. Allí estaba Papi Mon. Una imagen estática, pero sin duda más nítida que la imagen proyectada con los ojos entrecerrados. Sentí rabia. No existen muchas fotografías de él. Era un tipo lacónico y no se dejaba retratar con frecuencia, así que cuando Titi llegó a presumirme la fotografía, no pude ocultar mi enfado. ¿Por qué mamá había decidido regalarle la foto a mi hermana y no a mí? Ella no lo conoció. Nació un mes antes de su muerte. Con toda seguridad una foto del abuelo no podría significar tanto para ella como para mí, que solía sentarme a su lado para disfrutar de su compañía en silencio, que solía escudarme detrás de sus piernas de rezos y regaños, que solía...

— Es injusto—, le recriminé a mamá.

—¿No te parece más injusto que tú le hayas podido conocer y ella no?

— ...

— ...

—¡Es que lo extraño tanto!

—Yo también lo extraño. Todos los días.

—Tengo miedo de olvidar su rostro. Me aterra la idea de olvidarlo y tener que recurrir a fotos para reconstruir sus facciones, sus ojos. Por eso quería para mí la fotografía.

—Tu hermana me dijo que pueden compartir la foto.

—No, está bien. Que la conserve ella.

¿Dónde quedó el sillón del pórtico, mamá? Durante años permaneció allí, intacto en su lugar. El fin de semana, cuando veníamos a ver a la abuela, salía a sentarme en él, como hacía con el abuelo. Salía porque aún entonces me asfixiaba el intolerable viacrucis de hosannas y escapularios y fiaves y cirios y vírgenes y santos por los siglos de los siglos, amén... El pórtico era un lugar seguro, así que escapaba allá, donde todavía estaba el sillón. Era enorme y muy pesado. Incómodo, pues. Pero me gustaba ocupar su lugar como cuando robaba sus cigarrillos para fingir que era grande, como él. Hoy quizás ya supero su estatura, no puedo decirlo con certeza porque mis recuerdos son vagos, de infancia. No puedo recordar de manera precisa su rostro, pero sé que a pesar de tanto tiempo de no verlo, aún está conmigo. Mi Papi Mon.

—¿Estás viendo el sillón?

—No seas tonta, allí no hay nada.

—Perú tú lo ves.

— ...



—Cuéntame de él.

Silencio.

Titi no comprende por qué ese sillón fue sagrado, pues nunca caminó las carreteras polvorientas a su lado. Jamás admiró la serenidad de su respiración, cuando los ánimos domésticos se exaltaban y él, sin argumentarle nada a la abuela, salía a fumar hasta que las aguas se tranquilizaran. Y aunque él era así, callado, cada instante de silencio junto a él me decía que conocía mis pensamientos, y sabía. Pero entonces crecí, no sé cuándo, crecí y el sillón desapareció sin percatarme. ¿Lo regaló la abuela? ¿Se lo llevó algún cartonero? ¿Cómo pude no haberlo notado! Sólo hasta hace poco que vi un comercial anunciando sus cigarrillos caí en cuenta de su ausencia. Entonces lloré. Lloré porque me enfada saber que empiezo a olvidarlo, mamá. Porque cada vez que visito el pórtico veo el espacio irremediamente vacío, donde ahora hasta el sillón está ausente. Al igual que mí infancia, sin darme cuenta, ha desaparecido. Y ahora ella tiene su retrato.

—¿Estás molesto por la foto? Le dije a mamá que podemos compartirla.

—No, está bien, Titi. Quédate con ella.

—...

—El abuelo solía contarme algo. Decía que si algo o alguien pasa el tiempo suficiente bajo nuestra mirada, una parte de él queda atada a nuestros ojos. Para siempre. Entonces puedes entrecerrarlos y ver todo otra vez. Si uno mira con atención, podría verlo todo otra vez.

—¿Y por eso ya no quieres la foto?

—Claro que quiero la foto, pero creo que eres tú quien debe tenerla. Es lo único que tienes de él.

—Pero tú tampoco tienes algo suyo...

—Yo lo tengo en mis ojos. Sí, la imagen de la fotografía es más clara, pero no se mueve. A mí me basta entrecerrarlos un poco para verme sentado a su lado, junto al sillón del pórtico y contemplar a los caminantes mientras él se fuma la tarde.

Apuesto a que si miras a mis ojos, si te fijas bien, hasta podrías verlo.